

Siete días permaneció toda la expedición en el bosque de Lumbini en contiñas fiestas y se repartieron abundantemente víveres y regalos. Al séptimo día de haber nacido el hijo, murió la madre, que pasó al cielo de Indra, pues dicen que era regla antigua que la madre de un bodhisatva pasara á mejor vida á los siete días de haber dado á luz al hijo, porque así se le ahorra la pena, que le destrozaria el corazón, de ver á su hijo adoptar la vida de peregrino al entrar en la plenitud de la edad viril.

El bodhisatva fué llevado á la ciudad de Capila, lo que dió lugar á nuevas y pomposas fiestas. En la solemne entrada tomaron parte muchos miles de doncellas, unas con aguas odoríficas, otras con guirnaldas y coronas de flores, otras con abanicos de palma, de plumas de pavo real, etc., y entre las doncellas humanas las había también divinas. Todas las casas se abrieron al recién llegado, al cual, sin embargo, su padre dió una morada magnífica y nombró aya suya á su tía mater-



Ensueño y nacimiento de Budha, en el palacio de las mujeres (cara interior del friso del recinto de Amravati).

tomado asiento, declaró que le había conducido allí únicamente el deseo de ver al hijo incomparable que había nacido con las 32 señales de gran varón.

«Está bien, — dijo el rey, — pero es menester que aguardeis un poco, porque ahora el niño duerme;» á lo cual replicó el richi: «Suelen dormir poco los grandes varones, y no tendré que aguardar mucho.» En efecto, al instante mismo entró un criado con la noticia de que el hijo del rey había despertado.

Cuando Asita vió en brazos del rey al niño, radiante de hermosura y resplandeciente como el oro y la luna, y observó la señal de *sakra* en las plantas de sus piés, levantóse respetuosamente de su asiento, plegó las manos y se inclinó; despues abrazó al niño, y observando en él las señales del dominio del mundo, le pronosticó, como entendido en los libros Vedas, lo mismo que habían declarado ya los brahmanes. Apenas hubo concluido, rompió á llorar. El rey, espantado y temiendo que alguna terrible desgracia amenazara á su hijo, preguntó al anciano por qué lloraba, y le suplicó que no le ocultase nada, fuese bueno ó malo; pero Asita le tranquilizó y dijo: «No lloro por tu hijo, ni veo desgracia alguna en su porvenir; lloro por mí, que viejo y caduco como soy, no podré ver el día en que tu hijo dará al mundo su ley, que será su salvación; porque has de saber, ¡oh rey! que el príncipe sidarta no se in-



Huellas de los piés de Budha (bajo relieve de Amravati).

clinará á los goces materiales y será ciertamente Budha (3).» Al oír esto el monarca, levantóse lleno de gozo y se inclinó ante su hijo, tan venerado por el anciano richi y por los mismos dioses, y el richi, dirigiéndose á su sobrino, dijo: «Tan pronto como oigas que Budha ha aparecido y que hace mover la rueda de la ley, correrás á su lado para quedarte en su compañía, y lograrás tu salvación (4).» Dicho esto, volvió á inclinarse con las manos plegadas ante el niño, dió

los que se presentaron mugiendo y relinchando delante del palacio, sin contar cinco grandísimos tesoros, que salieron también súbitamente á luz. La reina también quedó tan buena y sana despues del parto como antes, por cuya razón pudo verificarse en seguida (según otros autores solo al quinto día) la ceremonia de dar el nombre al recién nacido.

la gran señora Gautami y para auxilio de ésta á un gran número de niñas jóvenes (1).

Entretanto el rey con sus sakias pensaba en el porvenir del príncipe, dudando si éste se decidiría por el trono y cetro de señor de reinos é imperios, ó por el báculo y las alforjas del peregrino mendicante.

Vivia á la sazón en una choza solitaria al pié del Himalaya un anciano richi ó poeta religioso, llamado Asita, ó sea el Negro (2). Este, de varias señales milagrosas y de los gritos alegres de: «¡Budha!» que habían proferido los dioses que cerca de él habían pasado, dedujo que debía de haber nacido un salvador del mundo, y con su vista profética supo luego que aquel salvador era el hijo del rey Sudhodana. Conmovidísimo, elevóse en el aire con su sobrino y discípulo y trasladándose en un vuelo al palacio real de Capila se hizo anunciar al rey. Sudhodana, al saber que un richi deseaba verle, accedió al instante, y Asita, despues de saludar al rey y haber

clinará á los goces materiales y será ciertamente Budha (3).»

Al oír esto el monarca, levantóse lleno de gozo y se inclinó ante su hijo, tan venerado por el anciano richi y por los mismos dioses, y el richi, dirigiéndose á su sobrino, dijo: «Tan pronto como oigas que Budha ha aparecido y que hace mover la rueda de la ley, correrás á su lado para quedarte en su compañía, y lograrás tu salvación (4).» Dicho esto, volvió á inclinarse con las manos plegadas ante el niño, dió

(1) Según el «Lalita-Vistara» se reunieron las mujeres mas ancianas de la familia (tribu) sakia, y rechazando á centenares de mujeres que se ofrecieron para niñas del príncipe, por demasiado jóvenes y faltas de experiencia, eligieron á su tía para aya y además treinta y dos niñas y nodrizas. Curioso es que en las relaciones indias de la vida del príncipe se presenten siempre centenares y millares de doncellas y ninfas, y en efecto, millares de niñas de la misma edad, según el libro que seguimos, fueron regaladas por sus padres al bodhisatva, lo cual le da cierto carácter de Krishna ó de dios pastoril. Véase Senart: *La légende du Buddha* (*Journal asiatique*, 1874, VII, 3), págs. 405 y siguientes.

(2) Los budhistas del Sur llaman á este cantor Devala ó Cala-Devala, ó Asita-Devala (Devala el Moreno ó el Negro). Hubo un poeta religioso brahman de este nombre, y despues un maestro de astrología brahman también, y un mágico ó señor de las tinieblas llamado Asita. El Cala-Devala supo la noticia del nacimiento de Budha en el cielo, donde se hallaba á la sazón.

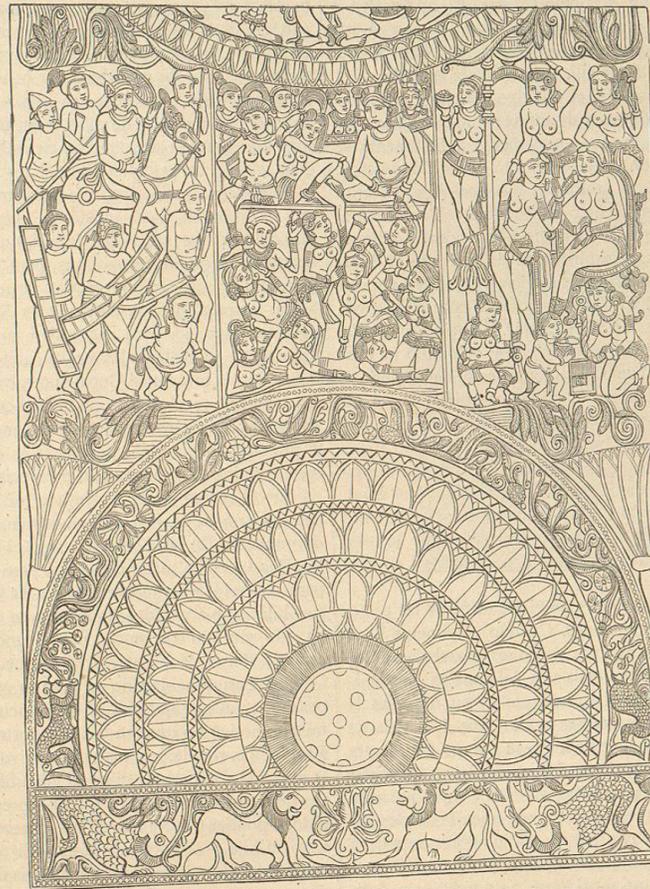
(3) En la tradición del Sur el rey presenta el niño al asceta en posición de saludo, pero el pequeño príncipe y futuro Budha, para no humillarse ante nadie, ya que se siente superior á todos, levantó sus piernas y puso sus piés sobre la cerdosa cabellera del viejo. Enumera el «Lalita-Vistara» en esta ocasión las treinta y dos señales principales y las ochenta y cuatro secundarias de los destinados á ser grandes hombres.

(4) El «Lalita-Vistara» llama al sobrino Naradata, pero otra tradición le llama Nalaca, y no dice que fuese con su tío al palacio del rey, sino que Asita fué por él á casa de su madre, hermana del asceta, y para tener un pariente entre los adeptos de Budha le cortó el cabello, le puso desde luego el hábito monástico y le hizo tomar la escudilla del mendigo. A su tiempo, cuando Budha predicó, fué Nalaca á escucharle y seguirle, y á los siete meses dejó esta vida. Entonces había muerto ya su tío y también habían muerto los ocho brahmanes que habían explicado el ensueño de Maya y asistieron despues á la ceremonia de dar el nombre al hijo del rey Sudhodana, á excepción del mas joven, llamado

las vueltas en su rededor y dirigiéndose al rey dijo: «Grande es tu dicha, ¡oh rey! de tener un hijo que un día confortará todo el mundo, á los dioses y á los hombres, con su ley.» Con esto se despidió, y colmado con muestras de veneración y de la munificencia del rey, regresó como había venido á su morada solitaria en la selva.

Al cabo de cierto tiempo, los notables y ancianos sakias,

de ambos sexos, hicieron presente al rey que convenia llevar á su hijo al templo de los dioses; á lo cual el rey accedió y dió luego orden á la anciana aya Gautami de que le ataviara convenientemente. Cuando la anciana cumplió la orden, el príncipe le preguntó el motivo, y al saberlo dijo riendo á su ama: «¿Dónde, tía, hay un dios mas excelso que yo, para que me lleven á él?» Mas cuando entró con todo su brillante



Lado interior de una pilastra del recinto de Amravati.

En la parte superior está representada la traslación de la desposada de Budha al palacio de éste, en medio de sus doncellas danzando. En el centro el padre de aquella, con sus dos mujeres, recibe á los enviados encargados de pedir la mano de su hija.

acompañamiento en el templo, cayeron de sus pedestales las imágenes de los dioses Siva, Vishnu, Indra y demás, lo cual produjo un entusiasmo inmenso, que fué acompañado, como de costumbre, de temblor de tierra, lluvia de flores, música celeste, etc., despertando en miles de hijos de dioses la idea de la iluminación espiritual suprema.

Al cabo de otro espacio de tiempo Udayana, sacerdote de palacio, dijo al rey que había llegado el tiempo de adornar solemnemente de joyas al príncipe. El rey accedió y mandó

Caundiña, que con cuatro hijos de estos brahmanes formó el grupo de los cinco venerables que fueron los primeros adeptos de Budha.

Cuenta también la leyenda del «Lalita-Vistara» que visitó igualmente al rey una comitiva de dioses para ver, saludar y ensalzar á su hijo, destinado á ser Budha.

hacer las joyas; pero cuando se verificó la ceremonia y fueron puestas al príncipe, sucedió, con admiración de todos los presentes, que las alhajas, antes de tocar su cuerpo, perdieron todo su brillo, y la anciana aya lo explicó diciendo que toda la pompa material no pasaba de ser una mera alucinación y que palidecía ante el resplandor y brillo del bodhisatva.

Cuando el príncipe fué un poco mayor, entró en la escuela para aprender las letras, ceremonia que se celebró con las solemnidades y manifestaciones de costumbre mencionadas ya en las ocasiones anteriores. Miles de jóvenes, el rey con todos los sakias, los dioses y los semidioses acompañaron al príncipe; ni faltaron carros con sabrosas viandas, dulces y danzas de ninfas. Pero al entrar el príncipe en la escuela, el maestro Visvamitra cayó desmayado en el suelo. Corrió á

levantarle un hijo de dioses llamado Subhanga, el cual dijo que nada tenía que buscar en la escuela el que conocía todas las ciencias y artes, y únicamente podía servir allí de guía y salvación a la juventud. Cuando el rey y todos los acompañantes se hubieron retirado, el príncipe sacó su precioso recado de escribir y preguntó al maestro qué escritura de las sesenta y cuatro que le nombró una por una quería enseñarle, a cuya pregunta el maestro confesó humildemente que tenía en su escuela un discípulo sin par. El bodhisatva a cada letra del alfabeto recitado por los alumnos, agregó una sentencia profunda, que en el fondo era el objeto para el cual se había dejado llevar allí, según dice la leyenda.

Un día de primavera salió el príncipe con Jandas y otros jóvenes al campo, y después de mirar cómo trabajaban los labradores, se separó de sus compañeros y finalmente se sentó a la sombra de un copudo acerolo, donde después le encontraron entregado a profundas meditaciones. Pasaron por allí en alas del viento cinco richis, cuyo vuelo del Sur al Norte hasta entonces nada ni nadie había podido detener, ni montañas, ni selvas, ni espíritus, ni dioses; pero al llegar cerca de donde estaba el príncipe, se vieron detenidos por una fuerza superior. Una divinidad selvícola les explicó la causa, a saber, la presencia de un ser superior, y entonces saludaron y mostraron su respeto al bodhisatva, cumplido lo cual pudieron continuar su vuelo. Entretanto se fué acercando el sol a su ocaso, pero a pesar de haber cambiado todas las sombras de dirección, continuó la del acerolo envolviendo al príncipe, a quien andaban buscando su tío y el rey. Estos al fin supieron que había salido con otros jóvenes al campo y allí le encontraron todavía meditabundo debajo del árbol. Al verle el padre rodeado de luz, como alumbrado por mil soles y sin embargo a la sombra, se prosternó ante su hijo, el cual volvió de su éxtasis y regresó con su padre a su morada (1).

Estos sucesos mantuvieron vivo el recuerdo de las profecías de Asita y de los brahmanes. Cuando el príncipe llegó a la adolescencia (según algunas versiones contaba 19 años) los sakias ancianos, reunidos en la sala del consejo, aconsejaron al rey que dispusiera el casamiento de su hijo, con la esperanza de que de esta manera renunciara a la vida de peregrino mendicante y sucediendo a su tiempo a su padre en el trono, mantendría el respeto de que gozaban los sakias entre sus vecinos. El rey convino en ello y dijo que solo faltaba encontrar una esposa digna de su hijo. Todos los sakias presentes, en número de quinientos, se apresuraron cada uno a ofrecer una hija suya para novia, pero el rey observó que lo mejor era consultar al príncipe. Este pidió para decidirse un plazo de siete días, al cabo de los cuales se declaró

(1) Según el «Lalita-Vistara» parece que el rey había ido al campo primero para la ceremonia de la apertura de la siembra (Hardy: *Man. of Buddha*, 150), a cuyo fin había preparados mil arados con sus bueyes unidos en el campo del rey, siendo de oro el arado del rey, de plata los de sus cortesanos y comunes los demás. Cada uno ponía manos a su arado, y en presencia de la multitud vestida de fiesta, abría su surco, el rey como los demás; pero mientras las mujeres que cuidaban del príncipe, que entonces contaba cinco meses, dejaron la magnífica tienda real levantada a la sombra de un acerolo para mirar curiosamente la ceremonia, el niño sentado sobre la yerba se entregó a la meditación debajo del árbol, en cuya posición le encontraron por la tarde a su regreso las niñas y después el rey y su corte, sin que se hubiese movido la sombra. En esta versión nada se dice de los cinco richis. Con la versión que hemos seguido en el texto concuerda en lo principal la china (*The Story of the Ploughing Match*, Beal, Rom. Leg. 73 y siguientes). El príncipe contempla conmovido el penoso trabajo de hombres y ganados bajo el ardor del sol, todos cubiertos de sudor; los bueyes heridos en la nuca por el punzón de sus guías, los insectos acuden a las llagas y atraen a los pájaros, que los devoran a picotazos. La compasión del príncipe se comunica a su padre, y éste se acuerda de la profecía de que su hijo será un bienhechor de todo el mundo.

conforme con el proyecto para no faltar a la costumbre corriente, si bien conocía que todos los placeres sensuales eran vanos y peligrosos, y solo exigió que la esposa que se le diere reuniera las condiciones que enumeró.

Entonces el rey dió a su sacerdote de palacio el encargo de buscar la novia recorriendo todas las familias. Encontró la el purohita en la hija de Dandapani, príncipe sakia. La joven, que era una verdadera joya de su sexo, se declaró dispuesta a ser esposa del príncipe. Cuando el sacerdote hubo participado al rey el resultado de su misión, dijo el rey que, atendidos los escrúpulos del príncipe, convenía dejarle la elección, a cuyo fin pensaba hacer construir una multitud de joyas que haría repartir por su hijo a las doncellas, en cuya ocasión se vería cuál de ellas le gustaba más. Así se hizo; siete días después se reunieron todas las pretendientes en la gran sala del consejo y el hijo del rey dió a cada una su regalo. Todas lo recibieron, una tras otra, sin levantar la vista y se retiraron, hasta quedar la última, llamada Gopa, la hija del príncipe sakia Dandapani, que se había mantenido aparte en medio de sus esclavas, pero que entonces se adelantó y dijo con cariñosa sonrisa al príncipe: «¿Qué te he hecho yo para que me desprecies?» Respondió el príncipe: «No te desprecio, pero llegas algo tarde,» y diciendo esto, habiéndose ya acabado los regalos, quitóse su preciosa sortija del dedo y la presentó a Gopa, que volvió a preguntar: «¿Merezcó yo este regalo?» a lo cual aquel contestó: «Mereces todas mis joyas.» Gopa replicó: «No hemos de quitar las joyas al príncipe, lo que debemos hacer es engalanarle,» y dicho esto se retiró. Los que habían presenciado ocultos esta escena dieron cuenta al rey diciéndole: «El príncipe ha mirado con placer a Gopa, hija de Dandapani, y ambos han hablado un rato.» En vista de esto, envió el rey a solicitar del sakia Dandapani la mano de su hija para su hijo, pero Dandapani contestó: «En nuestra familia es costumbre dar nuestras hijas solo a maridos impuestos en las artes; el príncipe ha sido educado con mucho mimo; ignora el manejo de las armas y el arte de la guerra, ¿cómo puedo darle mi hija (2)?»

Esta censura había sido dirigida ya otra vez al rey en una ocasión en que se quejaba de los príncipes sakias, que por el mismo motivo no querían hacer la corte al príncipe Sidarta. El príncipe, viendo a su padre pensativo y triste, le preguntó la causa, y al saberla le dijo: «¿Quién hay en esta ciudad capaz de competir conmigo?» «¿Y tú, — preguntó el rey sorprendido, — podrías salir bien de las pruebas?» «Reune, — contestó el hijo, — a los más capaces.» El rey hizo pregonar la celebración de un gran torneo que había de verificarse al cabo de una semana y en el cual el vencedor obtendría como premio la mano de la hija de Dandapani.

El día fijado se presentaron en el sitio designado, en las afueras de la ciudad, quinientos príncipes y gran multitud del pueblo para presenciar las luchas.

Se empezó por las artes escolares; en la escritura venció el príncipe, siendo juez el maestro Visvamitra, y en el cálculo

(2) Según otra versión, la última agraciada fué una hija del ministro Mahanaman y se llamaba Yasodhara, a la cual el príncipe ofreció, por haberse acabado los regalos, su sortija y collar de perlas, regalo que la joven no quiso admitir, y se marchó ofendida. La leyenda explica este desdén por un agravio recibido en una ocasión análoga del mismo príncipe en otra vida anterior. Lo demás concuerda con la versión del texto.

Otra versión hace solicitar la mano de la hija de Suprabudha, rey de los colis, el cual no quiere casar a su hija con un hombre que se inclina a la vida monástica; pero la joven le ama y se niega a ser esposa de otro, aunque el príncipe Sidarta se hiciera monje mendicante al día siguiente de la boda, y entonces da el padre su consentimiento.

Posible es también que Sidarta tuviera, como su padre y otros príncipes, dos o más esposas principales, y una versión, en efecto, le atribuye tres, entre ellas una Gotami. Sobre todas estas discrepancias véase la obra de Samuel Beal.

lo se mostró Sidarta superior no solamente a sus competidores sino también al maestro y al juez Arxuna. Las pruebas que dió de su inmenso saber excitó los aplausos entusiastas de la multitud, oyéndose al propio tiempo en el aire cantos de alabanzas de los dioses. Vinieron después los ejercicios varoniles, corridas, saltos, natación, la lucha a brazo partido con uno o más adversarios, y finalmente el tiro con el arco, en el cual el príncipe dió pruebas de una fuerza sin igual y de una habilidad maravillosa, porque manejó con admirable facilidad el formidable arco de su abuelo Sinhahanu, y en todo dejó muy atrás a los mejores adalides sikias, por manera que a cada ejercicio excitó una gritería frenética. El príncipe Dandapani le dió solemnemente a su hija Gopa por esposa, la cual fué aceptada por nuera por el rey Sudhodana, que en su entusiasmo envió su elefante a recibir a su hijo victorioso.

Se encontró con el elefante, a la puerta de la ciudad, un primo de Sidarta, llamado Devadata, el cual poseído de envidia por haber sido vencido, cogió con la mano izquierda la trompa y dió con la derecha tan formidable golpe al animal, que le tendió en el suelo. En esto llegó allí otro primo, llamado Nanda, que vituperó esta acción y apartó del paso al animal. Llegó entonces el hijo del rey, y enterado de lo sucedido vituperó también a Devadata, elogió a Nanda, y alargando la pierna fuera de su carro, arrojó de un puntapié el pesadísimo cuerpo del elefante por encima de los siete baluartes y fosos que formaban el recinto de la ciudad, diciendo que el cuerpo muerto podría apestar la población. El hoyo que formó el cuerpo muerto en su caída se llama todavía, dice la leyenda, *hastigarta* (tumba del elefante).

En su día fué llevada Gopa, ricamente ataviada y acompañada de sus doncellas, llenas de júbilo, a la morada del príncipe, el cual desde entonces vivió entre ellas y en medio de placeres, de fausto, de las danzas y juegos de miles de mujeres brillantemente ataviadas, como Indra con su Casi, en continuas diversiones.

Así pasaron años; el bodhisatva parecía haber olvidado en el torbellino de los goces materiales su misión, bien que los dioses no cesaban de recordársela. En los cantos y músicas de sus mujeres el príncipe creía oír sus pasadas meditaciones sobre las miserias de esta tierra, sus votos y su misión de salvador y libertador del mundo, porque, como dice la leyenda (1):

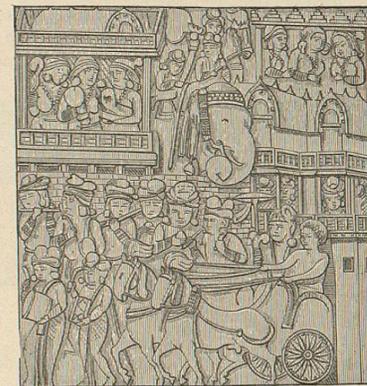
«El esclavo no puede ser libertador, ni puede servir de guía el ciego; solo el varón libre puede libertar, y solo el que tiene la vista clara puede enseñar a otros el camino que deben seguir.»

También el rey estaba atormentado por pensamientos análogos; en sueños veía a su hijo caminando en traje de monje mendicante, y cuando despertaba asustado, enviaba a saber si su hijo continuaba en su palacio. A fin de hacerle la vida más atractiva, mandó construir para él tres nuevos palacios, uno de verano, otro para la estación de las lluvias y otro de invierno, adornados todos convenientemente para hacer la permanencia en ellos lo más amena posible, sin faltar nunca los coros de mujeres con música y danzas, pero rodeando también cada palacio de centenares de guardas armados.

Un día, sin embargo, el príncipe manifestó el deseo de

(1) La leyenda cuenta que Gopa no quiso velarse la cara ante su suegro y las demás personas de la casa, como exigía la costumbre, diciendo que mil ropajes y rebozos podrían tapar los malos pensamientos, mientras el corazón puro y los pensamientos castos no necesitaban velo. El rey, encantado de la sabiduría de su nuera, la dejó hacer, y la colmó de honores y distinciones. El «Lalita-Vistara» dice que Gopa llevó a su esposo 84,000 doncellas; según otras leyendas tenía el príncipe tres esposas, cada una con 20,000 doncellas, y otras versiones le dan más doncellas todavía.

hacer una excursión a los jardines de recreo, a cuya noticia se apresuró el rey a mandar arreglar y adornar los caminos y los mismos jardines, cuidando de alejar y hacer desaparecer cuanto podía impresionar desagradablemente. Al séptimo día se verificó la salida del príncipe con grandísima pompa y brillante séquito. Salió la expedición por la puerta oriental de la ciudad, y a poca distancia, por disposición de los dioses, atravesó el camino un anciano caduco, mísero y tembloroso, apoyado en su báculo. El príncipe preguntó a su auriga qué enfermedad padecía aquel hombre, y el auriga le contestó que aquel viejo no padecía nada de particular, sino que pagaba el tributo a la vejez inexorable, como lo pagaba todo el mundo y como lo tendrían que pagar su padre y él mismo si no morían antes. Esto dejó pensativo al príncipe y le quitó el gusto de la excursión, por cuya razón mandó volver atrás



Escultura de la puerta septentrional de Sanchi.

y dejar la salida para otro día, después de haber meditado sobre la vejez y sus achaques.

Al cabo de algún tiempo se verificó la nueva salida, esta vez por la puerta del Sur; pero encontraron a un enfermo, y el guía del carro hubo de explicar al príncipe cómo todos los hombres estaban sujetos a enfermedades. Esto impresionó también al príncipe tan desagradablemente que mandó suspender la excursión y volver atrás para meditar primero sobre lo que había visto y oído.

Dispúsose la excursión por tercera vez, y al salir por la puerta occidental se encontró con un entierro con sus lamentaciones, plañideras y demostraciones de dolor. El guía del carro volvió a explicar al príncipe la significación de todo, y el príncipe, con la imaginación llena de ideas de vejez, decrepitud, enfermedad y muerte, perdió otra vez la gana de seguir adelante y mandó volver a palacio, porque quería meditar sobre la manera de libertar a la humanidad de tales aflicciones.

Dispuesta la expedición por cuarta vez, salió por la puerta del Norte. Al poco rato la comitiva encontró a un monje mendicante que con dignidad tranquila y expresión alegre y contenta seguía su camino. El príncipe, después de oída la explicación de su auriga, se mostró complacido porque sabía que los sabios ensalzaban la vida piadosa del peregrino, tan provechosa para él mismo como para los demás y que daba por resultado el contento en esta vida y después dulcísima inmortalidad. Así verificada la expedición regresó muy satisfecho a la ciudad (2).

(2) En el «Lalita-Vistara» regresa la comitiva a la cuarta salida como en las tres anteriores, y lo mismo sucede en la leyenda china, se-